

A PROPOSITO DE LA DIVERSIDAD DEL NUEVO IMAGINARIO COLECTIVO *

Por Mabel Thwaites Rey

Que la caída del muro de Berlín y la disolución caótica de los socialismos reales ha producido un impacto sin precedentes sobre la izquierda y el "progresismo" mundial parece casi una verdad de perogrullo. Lo que no resulta tan evidente, ni mucho menos unívoco, es cuál(es) será(n) la(s) lectura(s) que sintetice(n) una experiencia histórica tan rica y compleja en un sentido que permita impugnar exitosamente el orden capitalista existente. Repensar el significado del socialismo a esta altura del desarrollo social es una tarea que, no por titánica, puede ser desechada sin más por quienes pretenden encarnar, hacerse cargo, o representar los intereses de las mayorías oprimidas. El aporte de Jacques Texier, en tal sentido, es sumamente provocativo. Y lo es, más que por aquellos senderos mejor definidos que se esbozan en su artículo -algunos de los cuales nos siguen despertando muchas dudas-, por los profundos interrogantes que abre, que devienen fuertes acicates para la reflexión, la crítica y la polémica. Pensar con este autor la definición problemática de socialismo, la articulación del "sujeto" multidimensional portador de un sentido transformador, la cuestión general del poder, el lugar específico de "lo democrático", la relación economía-Estado, la "contradicción" mercado vs. planificación, entre otras muchas que atraviesan su trabajo, es un desafío intelectual sumamente interesante.

Destacaremos aquellos nudos problemáticos planteados por Texier con los que concordamos, ya sea en su definición misma o, al menos, en lo que hace a la identificación de cuestiones relevantes, al mismo tiempo que formularemos las dudas que nos provocan algunas de las ideas vertidas en el artículo.

Texier parte de la base de la necesidad que tiene la izquierda de producir una "nueva cultura" capaz de dar cuenta de la realidad "tal cual es", atravesada por la diversidad, en la que se desarrollan luchas que expresan múltiples clivajes. Esta "nueva cultura", engarzada en el concepto gramsciano de hegemonía, debería tender "*hacia un proyecto colectivo portador de universalidad concreta*", es decir, expresar en términos reconocibles por el conjunto (universalidad) las particularidades sociales (de clase, de etnia, de sexo, individuales, etc.), sin anularlas. La construcción de una hegemonía alternativa supone, entonces, la recreación de un imaginario colectivo que de cuenta de las diversidades que se expresan en la sociedad, pero unificadas en un sentido integrador, en "una visión del mundo" alternativa a la dominante, en la cual los diferentes sectores (clases, grupos, actores sociales) puedan reconocerse como parte. Esta nueva visión deberá así incorporar las "*objetivaciones culturales genéricas*" producidas por la historia humana, como dice Texier citando a los discípulos de Lukacs de la Escuela de Budapest, en las que se incluyen también, como patrimonio de la humanidad, los "núcleos de buen sentido" rescatables de la cultura dominante.

Librar una batalla "intelectual y moral" en las actuales condiciones, para Texier supone reconocer, en primer lugar, las premisas de una realidad que, obviamente, ha cambiado respecto a aquella que informó la construcción de categorías teóricas e impulsó las luchas de los marxistas desde hace más de un siglo. Aquí un dato insoslayable es el fracaso de los socialismos reales, que ha producido lo que el autor llama el "*efecto 1989*", consistente en una serie de interpelaciones a los conceptos de democracia, mercado y planificación de los que es necesario dar cuenta. Podríamos agregar que, aún perteneciendo a tradiciones político-teóricas que impugnaron permanentemente el modelo estatal estalinista de construcción de la alteridad no-capitalista -y ni hablar de quienes defendieron la "vía soviética" al socialismo- el fracaso tan

* Publicado en *DOXA*, Nº 7, Otoño-invierno 1992.

palmario de una experiencia universalmente reconocida como "socialismo", y que signó la construcción política de este siglo, impone asumir la experiencia fallida con lo que comporta para la idea del "socialismo", y producir una reflexión profunda y desprejuiciada que indague sobre sus formas de posibilidad. Y precisamente Texier llama a una búsqueda anti-dogmática que permita saldar los componentes irreductibles de la tradición socialista, a partir de la investigación seria y responsable sobre "la realidad tal cual es". Quizás aquí podríamos criticar cierta expectativa "excesiva" en la autonomía de la investigación intelectual, que reputa como imprescindible, respecto a la instancia política, pero proviniendo de un hombre que ha enfatizado siempre el lugar de la "praxis", parece ser un interesante llamamiento a la organización de un "intelectual colectivo" capaz de reflexionar y actuar sobre la realidad a partir de su cabal conocimiento y comprensión.

En segundo lugar, y en tanto se asume que el capitalismo como forma histórica tiende cada vez más no sólo a perpetuar las más flagrantes inequidades sociales, sino a no garantizar siquiera la mínima reproducción de la mayoría de la población mundial, la superación del orden que propone sigue siendo una necesidad, y como tal debe expresarse en la "nueva cultura". Pero ya no puede, como dice Texier, apelarse a la idea de una "necesidad histórica objetiva" que, en tanto que tal, debe realizarse casi automática, linealmente, en un "otro orden" previamente diseñado y único. La cuestión del socialismo aparece así abierta a la posibilidad de su múltiple definición en la praxis que le da forma de alteridad anticapitalista. Qué quiere decir "socialismo" hoy, como punto de convergencia de significantes, plantea para Texier -y para todos los socialistas- la duda de cómo construir ese nuevo orden deseable y posible, mientras que las condiciones materiales de su posibilidad intuye hallarlas en algunas formas mismas de la sociedad capitalista -como las cooperativas y sociedades por acciones-. Más allá de lo cuestionable de los ejemplos que propone, es interesante destacar un sendero que ya Gramsci, en la etapa de L'Ordine Nuovo, había transitado cuando se afanaba por encontrar en la realidad presente -capitalista- los elementos sobre los cuales construir anticipadamente la sociedad del futuro. Y esto tiene que ver con la preocupación de Texier -y en su momento del propio Gramsci- de encontrar los elementos que la realidad presente va conformando como los vehículos privilegiados para la transformación radical. En este punto, sin embargo, podría recordarse que las conquistas que las luchas populares arrancaron a los capitalistas, materializadas en el Estado Benefactor, si bien podrían presentar una cara "anticapitalista", paradójicamente han constituido las bases materiales de la legitimación del orden burgués, por lo que su clasificación como instituciones contradictorias con el orden capitalista resulta, cuanto menos, problemática.

En tercer lugar, Texier destaca un elemento crucial para entender esta reforma "intelectual y moral", que es la cuestión del poder. Ya Gramsci destacaba, casi obsesivamente, que el socialismo implicaba, como proyecto, la superación de la escisión entre dirigentes y dirigidos. Y más aún, ello implicaba generar "ya desde ahora" nuevas prácticas al interior de las organizaciones populares, que tendencialmente permitieran materializar la democratización total de la sociedad, a través de las síntesis producidas al interior de un partido concebido como "intelectual colectivo", como organizador -y en ese sentido dirigente- de las amplias masas subalternas. A Texier, siguiendo indiscutiblemente la preocupación gramsciana, le interesa destacar un punto oscuro en la teoría marxista, o mejor dicho oscurecido por los usos y las prácticas políticas concretas a partir de la estalinización del leninismo, cual es el de la democracia como parte inescindible de la construcción de una sociedad nueva. Justamente el derrumbe de los monstruos burocráticos en que se convirtieron las sociedades orientales pone sobre el tapete una cuestión que, no por ser debatida desde hace varias décadas por la tradición marxista, ha sido correctamente resuelta. Y aquí una evidencia de la que también es preciso hacerse cargo en la "nueva cultura": la resolución del tema de la propiedad de los medios de producción no resuelve, simétricamente, la cuestión clave del acceso diferencial a las oportunidades de vida ligadas a la capacidad de decisión sobre el destino del excedente social. En tanto que el poder no es una "cosa" que se toma sino una relación que se construye con recursos diferenciales, la cuestión de la forma en que se adoptan las decisiones que

afectan el destino de la sociedad no es para nada indiferente. Ello es así por cuanto es precisamente en ese plano en el que se expresan las relaciones de poder.

Para Texier, y en ello concordamos, la "nueva cultura" debe implicar, entonces, un imaginario social alternativo que entrañe la radicalización del proyecto democrático presente en la sociedad burguesa como mecanismo formal -realidad actual-, apropiándose del sentido virtual de resolver la escisión gobernantes-gobernados en el autogobierno de las masas. Y ello supone, al mismo tiempo, el cuestionamiento de la dominación capitalista en el lugar mismo donde su ejercicio se torna básico: la fábrica, es decir, la capacidad del capitalista de decidir en forma exclusiva sobre el destino del producto social, que es garantizada por la forma Estado. Claro que aquí, aunque no lo planteo Texier, está presente el tema de las relaciones de producción -y el consecuente régimen de propiedad de los medios de producción- que definen el "modo de ser" de un orden social. Y en tanto que la cuestión de la propiedad privada de los medios de producción, que obliga a la venta de la fuerza de trabajo y permite la extracción de la plusvalía como fuente de la ganancia capitalista, constituye el "núcleo duro" de la teoría marxista, su resolución teórica a la luz de la experiencia tanto de los socialismos reales -ya históricos-, como de los capitalismo "realmente existentes", aparece como vital para definir un "imaginario" alternativo y las estrategias de luchas de las clases subalternas.

Esto se entronca con una cuarta cuestión, que se desprende del planteo de Texier sobre la "nueva cultura", y es la relativa a la necesidad de construir una idea-fuerza, un modelo de sociedad oponible a la capitalista que pueda ser asumido como realizable y, en consecuencia, capaz de movilizar la enorme cantidad de recursos que se necesitan para enfrentar al orden existente. Y ello no es un tema menor frente al actual contexto "posmoderno", que destaca la crisis de los "grandes relatos" -y aquí se engloba tanto el fracaso del socialismo como la misma idea "moderna" del progreso ilimitado-, y la dificultad de la construcción de identidades universalizables en sociedades donde reina la fragmentación y la diversidad. Pero precisamente una "nueva cultura" que pueda exitosamente disputar con una visión hegemónica que descarta la posibilidad de la síntesis, y con ello condena a los desfavorablemente diversos (los explotados, las minorías, los minusválidos) a su fragmentación subordinada, requiere, precisamente, de una síntesis en la que puedan reconocerse los distintos fragmentos para coordinar una lucha común en torno a algún ideal de convivencia superadora. Incorporar los clivajes diversos que enriquecen lo social no implica, por cierto, abandonar la idea de "integración unificadora" (no-uniformidad) que debe plantear la "nueva cultura" que abrevie del sentido profundo de la mejor tradición del socialismo como proyecto de nueva sociedad. Sin este proyecto de unificación, sin la creación de un sentido de posibilidad de un orden distinto, alternativo, sin la construcción, en suma, de una "utopía", es imposible que las fragmentadas clases y grupos subalternos puedan organizar su dispersión y afrontar las enormes tareas y los riesgos que supone el plantarse frente a los poderosos.

No es posible agotar aquí una cuestión que ya es eminentemente de política práctica, casi podríamos decir que de táctica, si ese proyecto de síntesis debe ser nombrado como "socialismo", o debe llevar algún otro nombre. Lo importante, sin embargo, es tener en cuenta, como dice Texier, que más allá de los nombres, las grandes ideas de que dispone la humanidad para elaborar sus proyectos sociales no son infinitas ni se producen todos los días. Esta "escasez histórica" obliga a replantearse la cuestión del socialismo, como ya se hizo respecto al liberalismo, antes de tirar rápidamente por la borda lo que momentáneamente se supone un "lastre" para la praxis inmediata. Claro que el equilibrio entre lo necesariamente reformulable y lo conservable, aunque exige una definición teórica, es difícil de dilucidar sin una activación de las luchas de masas que lo tornen actual y necesario. Porque más que un problema de "intelectuales" resuelto en lo discursivo, será un problema de las prácticas sociales expresadas, entonces sí, en el plano de los discursos que explicitan su sentido.

Y este tema nos lleva a señalar la última cuestión que queremos destacar del texto de Texier: ¿quién es el *sujeto* de esa transformación -¿socialista?- del orden capitalista? Mucho se

ha escrito sobre la definición y el papel de las clases sociales, sobre la extensión de la clase obrera y de las demás clases -o grupos, o fracciones- subalternas, sobre su tamaño y textura, sobre su fragmentación, sobre el papel de la conciencia, etc. La incorporación de la problemática de los movimientos sociales, como expresivos de otras contradicciones que se desarrollan en el interior de la sociedad capitalista y que no pueden ser reducidas directamente a la dimensión clasista, ha significado un avance interesante respecto a estrechas definiciones propias de las realidades del siglo pasado. No obstante, es preciso tener en cuenta que si bien el desarrollo de las sociedades capitalistas ha complejizado enormemente el carácter de los antagonismos y conflictos en su seno, ello no implica que se haya diluido el principal: capital-trabajo. Y es precisamente en torno a la resolución de este conflicto que puede pensarse una sociedad distinta a la capitalista, que puede construirse el imaginario socialista, mientras que su condición de posibilidad radica, precisamente, en la vigencia de esta contradicción bajo el capitalismo. Pero la definición de este sujeto no es previa y dada, no se recorta objetivamente, sino que es materia de construcción social como producto de las prácticas concretas que van articulando sentidos diversos, mientras que la diversidad capitalista remite, ineluctablemente, a las condiciones básicas de apropiación del excedente social. El sujeto, entonces, podrá definirse como tal si logra articular sus múltiples fragmentos en esa "nueva cultura", que dibuje un horizonte posible de superación de los antagonismos a la par que preserve la legítima diversidad que exhibe la realidad presente.

Porque sin respetar lo diverso sólo pueden pensarse aniquilaciones totalitarias, pero sin síntesis unificadoras sólo se preservan las inequidades de la fragmentación tal como las produce el orden actual. Las reflexiones de Texier apuntan a mirar en profundidad la complejidad teórica y práctica de este dilema, y en este sentido constituyen una interesante incitación al debate.